

CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Muntaner, 22, bajos

De los artículos firmados son responsables sus autores

No se devuelven los originales

— PRINCIPALES COLABORADORES —

R. Rucabado.—Carlos Jordá.—J. M. López Picó.—F. de Sagarra.—Eladio Homs.—J. Martí y Sábata.—J. Farrán y Mayoral.—Manuel Reventós.—Emilio Vallés.—J. Garriga Masó.—Ernesto Homs.—María E. Torner.—Eugenio d'Ors.—J. Torres García.—D. Martínez Ferrando.—Bernabé Martí y Bofarull.—J. Bosacoma y Pou.—Luis Jover Nunell.—Julio Bassols.—Carlos Creuet

SUSCRIPCIÓN

España 3 pesetas trimestre
Europa 3 francos
Número suelto 25 céntimos

— PAGO ANTICIPADO —

Año VI

Barcelona 24 de febrero de 1912

Núm. 229

SUMARIO

Eugenio d'Ors y su obra, por R. RUCABADO.
Sobre «Religio est Libertas», carta abierta, por X. (traducción).

ANTOLOGÍA

Extractos de los trabajos siguientes:
Glosari, 1911, y anteriores.
El residuo en la medida de la Ciencia por la Acción.
Nota sobre la Curiosidad.
Religio est libertas
Los fenómenos irreversibles y la concepción entrópica del universo.
La fórmula biológica de la lógica.
Memoria sobre el Método en la Ciencia.
Lecciones sobre la Atención.
La Muerte de Isidro Nonell.
«La Ben Plantada».

y artículos de la «Revista de Educación», «Ciutat-Nadal-Reis» y «Almanach dels Noucentistes».

Agradecemos a la amabilidad de amigos y colaboradores nuestros las traducciones de los fragmentos que componen la antología. Y recomendamos a los que deseen mayor información sobre la personalidad filosófica de D. Eugenio d'Ors los trabajos siguientes, publicados en «CATALUÑA» el pasado 1911.

EUGENIO D'ORS:

«El renovamiento de la tradición intelectual catalana», n.º 170-171, pág. 2; «Una contribución a la filosofía», n.º 175, pág. 81; «Glosario: Europa.—a Ramiro de Maeztu», (traducción) n.º 180, pág. 171; «Doce glosas de filosofía» (trad. con notas originales) n.º 192, página 372. —Vide también las notas sobre Bernat Metje y Ramón Sabiuda, en nuestro extraordinario 222-223, de Enero 1912; y el artículo de D. J. FARRÁN MAYORAL: «La filosofía del Hombre que trabaja y que juega», número 193, pág. 369.

En preparación:

Número especial dedicado a

♦ Los estudios americanistas ♦

♦ MARAGALL ♦

Artículos de Jordá, López Picó, Rucabado, etc.

Número especial ilustrado dedicado a

La obra cultural de la Diputación de Barcelona

Número especial ilustrado dedicado a

Las Escuelas de Comercio en el Extranjero y la futura Escuela de Barcelona

Antología filosófica de Eugenio d'Ors

Eugenio d'Ors y su obra

«El Ritmo interior que férreament me governa»

Xenius-Glosario-Vol. I, pág. 394.

El estudio desde el punto de vista moral de la obra de Eugenio d'Ors y del provecho espiritual que las nuevas generaciones catalanas le deben es tarea que me ha seducido siempre, pero cuya importancia requiere fuerza y madurez superiores a mis facultades. Por fortuna el valor filosofico base de dicho estudio, ha sido ya designado por uno de los mas esclarecidos espíritus de la Cataluña actual, pero al reportar sus juiciosas palabras (p. 108) deseamos aún con mayor ansiedad que el Ors educador nacional, tenga su Juan Bautista que le señale como el Enviado para saciar y guiar a un pueblo inquieto de renovaciones y sediento de luz, con voz tan fuerte y resonante que ningún corazón deje de estremecerse.

Esta misión de enseñar primero a respetar, luego a admirar, y por último a seguir la integridad espiritual y educativa de Ors, deviene cada día más urgente, toda vez que las mal disimuladas enemistades hijas del desconocimiento y del sectarismo empiezan a desbordarse, y a las cuales no son dique suficiente la admiración solo parcial que a Ors profesan muchos. A un espíritu tan rico y tan soberano dominador de actividades, con respetarle por príncipe de las letras creen muchos acatarle lo bastante para que se crean dispensados de saludarle como filósofo y aún como educador. Y sin embargo poco valdría aquella maestría en el arte de la expresión, sino diese forma corpórea a un caudal poderoso y vivificador no ya solo ideológico, sino soberanamente moral.—Inducido a confeccionar, a pesar de las dilaciones que este número ha sufrido, casi de repente este prólogo, lamento no poder ni siquiera suplir con tiempo y mejor estudio algo de la insuficiencia de mis fuerzas.

Se han acumulado encima de nuestro primer pensador los mas insensatos juicios. Se le ha acusado de corruptor de juventudes, de sembrador de frivolidades, educador de dilettanti, sensual y voluptuoso esteta, transtornador de conciencias, agitador moral, importador de novedades, cultivador de irreverencia y, naturalmente, de hereje. Su obra es tenida como obra de revolución, cuando todos sus valores, lo mismo como inquietador de voluntades que como sembrador de ideas, como filósofo y como educador, como esteticista y como moralista, responden a un solo valor, convergen a una sola idea directora, la de RESTAURACIÓN.

Ha espantado, en efecto, a los timoratos, la prodigiosa curiosidad y la universal codicia del espíritu de Ors, y aun creyendo benévolamente juzgarle, han atribuido a exótico comercio también lo que es genuina producción de su genio personal. Su diaria conquista de un nuevo botín, este aportar cotidianamente a la costa los más impensados tesoros, ha escandalizado a las almas placidamente usufructuarias de un modesto peculio espiritual provinciano.

En nuestro país, en que la austeridad se interpreta por inmovilidad y limitación de facultades y de sensaciones y de un caso tan formidable de curiosidad y de inquietud ha engendrado perturbación. Esta agilidad extraordinaria, este descubrir constante de nuevos territorios materiales y anímicos, este florecer maravilloso y diverso, produce el efecto de un hechizo.

La turbación, es, realmente el primer efecto pasivo, de su contacto. Ors arroja de un golpe al agua los tímidos y los ingenuos, pero, maestro sabio y honrado, pasado el instante de la inmersión, estos se sienten cogidos por férrea mano que les sostiene sobre las olas y les comunica el ritmo corporal y la sereni-

dad de ánimo que las hará dominadoras de ellas.

Perosololos verdaderamente ingénuos y limpios de malicia han podido sentir la mano enérgica y amorosa que les conduce seguros. Es imposible entenderse hablando del maestro y de su obra, sin despojarse previamente de todo lastre vicioso de malicias rusticas.

* *

La curiosidad, la multiplicidad de atención es en Ors un impulso vital, necesario al sentido de sus ideas y normas. No ha querido que *nada del espíritu le fuese extraño*,—lo acaba de confesar recientemente—y en esta voracidad está el arraigo y fundamento de su misma fuerza moral. Quien sobre una montaña de sensibilidad edifique un castillo de continencia, Maestro será de virtud, con mayor fortaleza y autoridad, y por lo tanto con mayor eficacia. Y tanto más segura y definitiva será la orientación que tome, si sabe desplegar su espíritu con sutileza tal que conozca y saboree todo lo que hay de humano y *todo lo que hay de eterno* en las mas diversas esferas, y sepa por lo tanto encontrar su substancial motivación. Substancial motivación ha sabido hallar, y sabor de humanidad ha paladeado Ors con su *gourmandise d'esprit*, lo mismo en la vida, á la vez sabia y picaresca del perfumado y empolvado astrónomo Halley, que en la vida obscura y tragica de modestísimo inventor, de Bernardo Palissy, en la dolorosa y activa resignación de artista olvidado, de Eugenio Carrière, en la intensísima y gloriosa voluntad y esfuerzo de Napoleon Bonaparte, y en el sencillo vivir y oscuro morir del anónimo trabajador barcelonés que corrégia con solicitud y amor sus pruebas de imprenta. En todas hay un *ritmo* y una *profesión*: una voluntad disciplinada y una adhesión fecunda, tenaz, inseparable, á una obra, capaz de llegar al sacrificio para ella. Labor de *dominación*, labor de *adhesión*, labor de imperio del Espíritu sobre la voluntad y sobre todas las facultades y resistencias, sobre la naturaleza, sobre el ambiente (Ors ha insistido especialmente en la vacuidad de este tan socorrido pretexto), que lo mismo florece con los finos encajes de un Buffon que con el chaleco de pana del ignorado escultor que vende por Santa Lucia, las *figuretes de pessebre* en que una Tradición artistica popular es conservada á pesar de todas las falsificaciones y corrupciones de la tradición, del arte y de los gustos populares.

Aquella curiosidad es una voluptuosidad del espíritu, sí, pero es también y, en el fondo, una exigencia de ritmo, una simpatía por el ritmo. Y ¡que enorme fuerza moral no contiene esta lección incansable de Ritmo en aplicación constante, en *contraste* permanente con la diversísima realidad objetiva y con la no menos múltiple esfera de lo

personal y subjetivo! Y el Ritmo es la fuerza contraria al instinto, contraria á la máquina: es el gobierno del espíritu, pero no con expansión de potencial, sino con limitación, con sujeción á algo exterior, mas alto y más puro: *el Ritmo supremo*.

Este ritmo, esta férrea medida interna, es lo que instruye é infiltra á las nuevas generaciones de Cataluña su imperialismo doctrinal y personal. Es un ligamento enérgico y duro que lo refiere todo y todo lo rima con una fuerza centripeta. En Ors todo se ordena y clasifica: su universal atención no es la universal superstición de un panteísta, no es la insulsa fruición de un panfilista, sino la visión inflamada y ordenada, franca y firme, del que percibe todas las cosas *según la Armonía*. Nada de tan armónica estructura como el conjunto del «Glosario», á pesar de la extraordinaria variedad. No hay allí ni una sola palabra, ni una sola idea, ni un solo nombre que no tenga alguna utilidad esencial, que no esté subordinada al Pensamiento general del edificio.

Merced á dicha subordinación á la Armonía infinita, Ors posee—y es según sentencia de quien puede mucho mejor que yo percibirlo y juzgarlo, la más alta prueba de su superioridad—el sentido de la clasificación de las cosas: sabe de cada objeto, de cada idea, de cada principio, el lugar que le corresponde en el armario interno del espíritu, y puede invadir todo dominio inexplorado conociendo perfectamente su proporcional valor y peso en el plano del espíritu y del mundo. Esta intervención y subordinación de todo, á una idea absoluta y exterior en presencia de la Armonía, es un vivir para el cual existe ya una fórmula: *la vida religiosa*, queriendo decir con esto: la intervención constante de la religión en la vida, la *restauración* de la religión en la vida.

* *

Debemos invitar á todos los que con ligereza y precipitación le juzgan y aprecian, quieran meditar con detención hacia qué punto tienden invariablemente á convergir estas líneas diversísimas de la actuación de Eugenio d' Ors. Sigase con *limpieza de corazón* su trayectoria y veremos que toda la construcción científica de Ors,—creación cuya trascendental originalidad y y vastas proporciones bien pocos han advertido,—tiende á desvanecer el terrible fantasma de la Ciencia dogmática, de la ciencia orgullosa, de la ciencia *viciosa* y antihumana, que saliéndose de su esfera habia profanado impudicamente algo muy sagrado en el corazón del hombre.

Y así, la aportación de nuestro filósofo al progreso de la Ciencia universal es precisamente una posición que él mismo ha llamado de *«librepensador de la ciencia»*.

La actitud de Ors, restaurando los derechos, no ya del espíritu en general, sino del espíritu *religioso*, y más concretamente los derechos de la Creencia, debe merecer de todas las almas honestas, sinceras y especialmente *religiosas*, reconocimiento fervoroso. Su *«Residuo en la medida de la ciencia por la acción»* reivindica la existencia de algo vivo y

activo en la Ciencia, que la noción meramente económica utilitaria del raciocinio no alcanzará jamás á cubrir; en la *«fórmula biológica de la lógica»* al tender á demostrar la naturaleza biológica de esta función intelectual, no hace más que abrir brecha en el dogma revolucionario de la Soberanía de la Razón humana. En *«los fenómenos irreversibles»* anuncia gozosamente el fin del viejo sofisma de la conservación de la Energía, y su sustitución por la teoría de la concepción entrópica del Universo según la cual la Energía *crece o decrece*, es decir: es *corruptible*, y supone, por lo tanto, un Fin... Y en *«Religio est Libertas»* y en la *«Filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega»* separa de la libertad humana irreductible los sentimientos mismos, exteriores al Hombre, y reservando allí el patrimonio inalienable donde puede fincarse la Fé, escapada á la confiscación que el pragmatismo habia hecho del sentimiento religioso.

¿No veis, pues ahora como la labor de Eugenio d' Ors en el terreno científico representa la salvación de la tierna criatura humana, del incendio científico? Es la ciencia retrocedida á sus límites, intervenida, *moralizada*, no tirana del hombre, sino servidora. ¿Quién no ve aquí la Restauración de la libertad cristiana por encima del frenesí racionalista, la restauración del patrimonio de la Fé super-racional á despecho de la voluptuosidad materialista, y la regeneración de la ciencia misma por medio del Ritmo y de la Armonía, *subordinándola, clasificándola, inventariándola* en la vida humana?

* *

Acaso en tierras hispánicas jamás espíritu alguno habia, como Xenius, poseído una sensibilidad estética tan vasta y tan potente. Yo creo que es un beneficio que no hemos apreciado todavía lo suficiente, el poseer la raza catalana una personalidad dotada de una curiosidad tan aguzada y de una percepción tan múltiple, tan fina y delicada, por cuyo tamiz intelectual haya pasado casi todo cuanto el hombre ha hecho. Lo más admirable es que nuestra mentalidad heredará de Ors una asimilación de la cultura universal, ya digerida por una crítica tan poderosa como honrada. Esta será la gloria indiscutible de aquella labor *informativa*, que no ha querido que ningún valor humano, ningún juego intelectual, ninguna emoción estética vivida por hombres escape á su juicio, deje de ser *clasificada*, inventariada en el nuevo Archivo espiritual de la Raza catalana.

El sensualísimo y disciplinadísimo temperamento de Ors ha elaborado en él la fina sensibilidad de un artista italiano del Renacimiento, combinada con la soberana continencia, la precisión cuidadísima de un Jules Renard, de un Carlos Baudelaire. Es preciso admirar su constante busca de un ideal de concisión, y agradecer el habernos enseñado á amar el Aticismo, inclinando con afán de proselitismo á los jóvenes, hacia la justeza de expresión, la forma clásica, la belleza helénica.

La estética, la Forma, es en Ors tan esencial que es una de las bases de su filosofía, fundada por decirlo así en la

LIBROS RAROS Ó PRECIOSOS

IMPRESOS Ó MANUSCRITOS

SE COMPRAN POR SU MAS ALTO VALOR

SALVADOR BABRA - Méndez Núñez, 11

acción moralista, humanizadora, del Ritmo. La ciencia, la filosofía, no debe dejar nunca de ser estética, de ser amable, de ser sonriente a la vida, pues *para la vida* es. El ha restaurado por consiguiente el valor de la Elegancia, también en sentido integral, como *garantía afectiva* del trabajo (véase más abajo), como *valor social*.

Este profundo contenido moral del Ritmo, hijo de la estética clásica, engendradora de serenidad, aplomo, dignidad, orden, es por sí solo educador. Es incompatible de todo punto con el *pathos*, lo pasional, lo indómito, la libre expansión de las fuerzas naturales, la libertad del instinto, la violencia, la perversión. De esta preponderancia de la estructura externa deduce la eficacia de las acciones periféricas, la influencia de la forma sobre el fondo, de la apariencia sobre la esencia, del nombre sobre la cosa. Por esto es partidario de todo lo que se funde en expresiones plásticas: rito, simbología, ceremonia, artes gráficas, fórmula, imagen, música, danza. Por esto es fervoroso devoto de definiciones, de medidas: porque definición quiere decir *límite, perfil, volumen*, forma de las cosas.

Es decir, siempre disciplina, intervención, ordenación, ritmo. Y todo esto es para nosotros tradición, nada más que tradición: la norma de una estética que no se aprende en libros ni se importa ni adquiere: despierta en nuestra sangre con solo mirar hacia Oriente desde nuestras playas y costas: es el Mediterráneo que nos la lleva en su ondear, en su luz, en su aire, en su olor.

Terra dabit merces, undaque divitias. ¡Cómo adquiere aquí nuevo sentido esta vieja divisa de navegación catalana! Es, en efecto, al mar, a nuestro mar, a quien debemos los tesoros de imágenes y de emociones, que Ors desembarca de su nave dichosa, encadenadas ya como esclavas, selladas, intervenidas por su espíritu, distribuidas en admirable sentido de utilidad, y alejado de las mismas todo peligro de esterilidad y de vanidad. En cada fruición, una lección. Al través de crónicas, viajes, fiestas, salones, ciudades, espectáculos, la Eternidad va, de palpitación a palpitación, pasando y dejando huella en nuestro espíritu. Si es la silueta del danzarín Nijinsky, del ballet ruso, el que delante de nosotros se presenta, recibiremos lección de Ritmo: si es la tapicería opulenta de *Santa María della Salute*, recibiremos lección profunda de piedad humana.

De toda aquella estética soberana nos dá un tratado, un breviario nacional en *La Ben Plantada*, que no es ya solo libro de símbolos, sino libro de Cánones. En él se funde el sentido étnico-popular con el clásico, y del crisol sale, augusta, una Proporción. Breviario estético, breviario moral. No podemos, después del mismo, desertar del Mediterráneo, buscar normas a espaldas de lo popular, no nos es lícito ya en manera alguna falsificar la estética, violar la Armonía con insolencias exóticas, con vanidades estridentes, con falsas elegancias. No podemos jurar el santo nombre de la Belleza, en vano.

En sentido social la obra de Eugenio d' Ors se desarrolla con intensidad preponderante sobre todo otro carácter, en dirección a la soberanía de la Ética en toda la vida y trabajo del hombre. Si el significado general de su acción es la moralización de la cultura, no es menos la moralización de toda obra humana. El fué quien pronunció por vez primera la palabra *intervención* en sentido ético-civil y social, idea más que que palabra, incorporada definitivamente a nuestro lenguaje de acción y a nuestro espíritu. La idea de la intervención expresa la de imperialismo de la Ética. Esta restauración de una moral largo tiempo proscrita se completa y enriquece todavía, añadiéndole nuevos territorios para colonizar, parcelas abandonadas secularmente de los moralistas, desvanes psicológicos olvidados, en que las telarañas del instinto y los ratones de la sensiblería ó de la vanidad hacían de las suyas. Todo esto debe ser también aseado, barrido, intervenido por la Ética, tanto más inflexible cuanto más apoyada en un enérgico sentido biológico, en la maravillosa concepción del mundo, según armonía, a cuya luz hemos visto la interna y subterránea dependencia y reciprocidad de todas las cosas entre sí y del espíritu con ellas.

En el sentido en que se puede llamar con toda propiedad revolucionario a Ors, es por haber emprendido con admirable arrogancia el hercúleo trabajo de la revisión de valores ochocentistas. Solo una gran Conciencia, una gran plenitud y una profundísima honradez de espíritu podían dictarle la declaración de guerra que ya entre sus primeras palabras, en 1906, lanzó contra todo un cuerpo de doctrina romántico que había sido lactancia suficiente de varias generaciones:

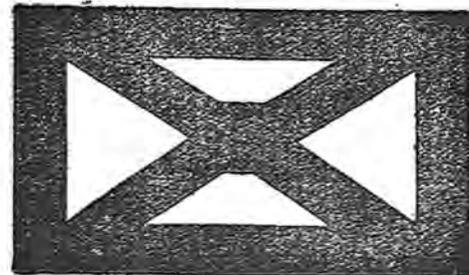
«La posición del escéptico y del salvaje es inmoral» *

En plena orgía de orgullos individualistas y liberales, cuando Spencer é Ibsen se daban la mano con los últimos secuaces de radicalismos integristas, en aquellos tiempos de vibración naturalista, en pleno florecimiento de arquitecturas bizarras, de melenas y de prerrafaelismos, de lirismos anarquistas, de altanerías, de menosprecios a la vida *prosaica*, de *incomprendidos*, de *rompedores de moldes*, de rebeldes y emancipados, de *Hombres de la Naturaleza*, de torres de marfil, y dictaduras de peñas holgazanas, Ors empezó su predicación paciente, con ritmo jamás alterado, del trabajo, la humildad, el sacrificio, la actividad, la austeridad, la continencia, la constancia, *la santa continuación*. Porque estas virtudes en Ors, no son, no, prácticas empíricas, fruto de una *inercia moral* acumulada por las generaciones, sino que son *disciplinas de educación*, responden a un sentido de formación universal. (1) Por esto y por la dirección específica de su estética, Ors debía ser forzosamente un apóstol de la dignificación del trabajo profesional. Por esto al idear un curso de vidas

de grandes hombres, puso al frente, en primer término la de un humilde artesano, ejemplo de amor heroico a una labor abnegada y contrariada: Bernardo Palissy; poniendo su nombre también al frente de toda una serie de cursos de Metodología de las ciencias. Esta actitud humilde del trabajador que busca recetas ó procedimientos para su arte, ensaya mil veces, fracasa y vuelve a empezar, esta constancia, el heroísmo mismo del aficionado inteligente que advirtiendo un error inicial, rompe un día toda una colección de diez mil diseños, fruto de muchos años, y vuelve a empezarlos de nuevo, todo esto encanta a Eugenio d' Ors y le dicta la norma de la humildad en las investigaciones científicas, base de la *ironía* en la aceptación de las conclusiones y resultados. Podemos decir que es en aquel trabajo cotidiano y obscuro alejado a todo bastardo interés de gloria y de provecho, trabajo que es la *fuerza de virtud* de los cristianos, en donde bebe Ors las aguas frescas y claras de toda su Ética, que son las de toda su obra. Y la medida del valor moral de este trabajo es la *elegancia*, reflejo externo, asimismo desinteresado, del amor con que el trabajo ha sido llevado. «Recordáis la segunda de sus glosas, aquella titulada «*una cara pálida*»? Un modesto escribano olvidado allí en las tinieblas de una solitaria oficina curial estiraba de cuando en cuando los puños de su camisa, como para adecentarse *ante sí mismo*, pues otro testigo no había. Esta lección, ¡qué admirablemente encaja con el aforismo recientemente publicado: «*haz el bien como aquel que canta según medida, andando solo por un bosque*»!

La moral social es en Ors no ya una mera extensión de este ritmo, sino que es su primer corolario. Por esto nos aparece, en esta rama de la ética pública, como un precursor. Estas corrientes de piedad y de dignificación que van afortunadamente poniéndose en boga, nacieron el día en que apareció encima del Glosario la *Ética del prospecto ofrecido y tomado* y poco después la de *las gangas*. Lecciones de mera humanidad, verdaderas consecuencias de la moral cristiana acordadas con las necesidades actuales, ó mejor *descubrimiento* de Indias a colonizar, de dominios a civilizar, a nuestro lado, en la calle, en nosotros mismos. No olvidemos que él fué precursor también en denunciar el abuso de

Cartas de Luto



Cuántas de ellas tienen su origen en un resfriado mal cuidado y degenerado en bronquitis, pulmonía, tisis, catarro gástrico y sus complicaciones! Y no obstante, es tan fácil evitar estas dolorosas consecuencias! Los Pellets del Doctor Mackenzy, tomados al primer síntoma de resfriado ó catarro, siempre lo curarán en 24 horas, evitando que el catarro degenera en estas enfermedades que a tantas familias llevan el luto. Los Pellets curan los resfriados y catarros sin necesidad de hacer cama, ni de usar sudoríficos; son sencillos de tomar y no dañan a los estómagos más delicados. Son la medicina casera de invierno por excelencia. Los Pellets se venden en todas las buenas farmacias a Petas 1'50 la cajita.

* Glosari, 1906 pág. 216 y 217.

(1) No hay que olvidar que otro de los fantasmas que se ha propuesto desvanecer es el de la *vida interior*, de la posición orgullosa de aislamiento y desprecio para con el mundo social, vida de autolatría incompatible con el amor al trabajo, por cuanto el trabajo, la obra, es ya *exterior*.

la palabra soez y de la blasfemia en nuestra conversación, que ha sido el más grande teorizador de solidaridad y de civilidad entre nosotros, ni esta misma campaña de indignación y de piedad para con las criaturas sacrificadas con estultos disfraces, en Carnaval, á la bárbara vanidad de sus padres y parientes; recordemos aún que no ya la restauración de la moral en el intelectualismo es su preferente tarea, sino la especial aplicación de esta moral para los intelectuales. Acordémonos siempre de esta lección:

«No olvideis que esto de Clasicismo, (es decir, la restauración de las normas estéticas y morales, según la *Armonía*), —no es un juego. Que se trata de un concepto lleno, global, del mundo y de las cosas, y de una norma total y estricta de conducta. Y, por consiguiente, cada uno de vosotros, cada uno de nosotros, de su profesión de Civilidad tiene que responder con su propia vida.» *

* *

Por último,—si es que esta vertiginosa tarea de hablar de Eugenio d' Ors puede haber fin,—cuando llega el momento de mirar á la propia vida, de dirigir los ojos á las conclusiones, á la preceptiva vital que corona todo el edificio, más claro, *al contraste supremo* entre la Norma y la práctica, nos encontramos con un hombre cuya vida personal y doméstica está despojada de empaque y aparatosidad. Su complexión física y salud, su trato y maneras, sus ocupaciones y profesión, su hogar, su familia, todo es absolutamente normal. Nada extraordinario ni chocante encontraréis en torno de su persona. Fiel á la tradición estética de moderación y sencillez de la Raza catalana, tradición que, como hemos dicho, ha contribuido á restaurar, él se ha complacido muy especialmente en estrechar los círculos de su compleja construcción filosófico-científica, estética, moral y civilista, alrededor de la casa, del hogar, del vivir sencillo y austero, pero sin pose de austeridad.

Este es el punto de relación, una referencia de elocuente valor para juzgar de la honestidad del conjunto. En innumerables glosas ha cantado la excelencia de la vida modesta, más concretamente, de la vida catalana, de la vida barcelonesa. Una verdadera ternura le dictó las glosas que son dulces cuadros de interiores, cuando cantó *«les majordones»*, el elogio horaciano al *«agua de Canaletas»*, *«el vehi del quart pis»*, las dulces abuelas custodia del hogar, de *«et lux aeterna»*, las fiestas populares, joya de artesanos y menestrales, *«la pau de casa»*, *«la historia d' un noy maco»*, *«l' elogi del Sant Rosari»*.

Todo ese poema de la *Ben Plantada* no es más que la restauración de lo clásico y lo tradicional,—de moral y de belleza,—en la vida común, es la dignificación, la redención de este concepto brutalmente despectivo de ochocentistas y románticos: *la vida prosaica*.

Es que, al fin y al cabo, todo aquello es vivir, y para la vida ha entendido y dirigido constantemente Ors la ciencia

y la estética, la ética y la filosofía. Así como el arte debe volver á su verdadero plano de *decorador* de la vida, así la ciencia debe ser instrumento de iluminación para ella, nunca incendio que la devore; y esta Vida no es en Ors un concepto abstracto, una de esas ideas-ídolos del romanticismo, sino la vida diaria, en familia, tradicional, casera. Por algo aceptó enamorado para las líneas directrices de su filosofía la definición de metafísica casera, *«metafísica d' estar per casa»*. Lo cual es además de una elocuente y sabrosa calificación, un acto de humildad de espíritu que sólo puede partir de quien ha sustituido con un elemento nuevo de *llaneza cristiana*—alma de

una ideología plástica, gustosa, popular, de imágenes y símbolos, es decir de *parábolas*,—la enjuta aridez y petulancia de las escuelas filosóficas anteriores, las cuales sostienen secularmente con la vida normal de los hombres recíproca aversión y desprecio.

R. RUCABADO

BRIGHS SOMBREROS
ARCHS - 3

Sobre "Religio est Libertas"

CARTA ABIERTA

Amigo Ors: Acabo de leer vuestro ensayo *«Religio est libertas»* del congreso de Filosofía de Heidelberg. Y leyéndolo, un gozo inefable ha caído como rocío en mi interior. Y es que uno, por mucho que creyese en la inmortalidad del espíritu, siente con frecuencia un estremecimiento de ¡ay! ¡si habrá muerto! No, el fuego central, que vos decís, del espíritu nuestro no se había apagado: cobijábase de tiempo, bajo las cenizas y ahora respira en vos. Y ahora conocemos que no somos muertos, por lo caliente de este vuestro filosofar por caminos de vida; por este hilo jugoso y humanista que seguís, ni positivista craso ni metafísico entero. Decíais, poco ha, que si por consejo dado no queríais andaros por la historia de la filosofía, creíais para vos llegada la hora de saber de quién érais hijo. Pues bien, yo os digo que en modo alguno sois bastardo: bien tenéis padres, sois el heredero de Llorens y de Martí d'Eixalá, y (no lo dudeis) de Balmes, de Luis Vives y de Sabinda y de Lull. Ellos son vuestra familia, vos sois progenie suya, y prole ellos os darán. No es de ahora que lo veo: tiempo ha que sigo vuestras pisadas, y siempre os he visto ir derechamente por la compleja trama de nuestro pensamiento. Solamente que ahora, fatigado acaso, de que se os tenga por un catador de filosofías, habeis querido enseñar, como por anticipo, el esquema de vuestro razonamiento, la lógica formal de vuestro intelecto.

Cierto que lo que hace falta es el contenido de la filosofía, que esto es lo que pierde ó salva al mundo. Pero también es cierto que el no obedecer á las leyes y condiciones que individualizan á los espíritus (individuos ó pueblos) es casi exponerse á errar el camino del contenido: es un engendro de naturaleza.

Por esto es, que habeis hecho bien antes de situaros, de aseguraros de la tierra en que habeis de poner vuestros pies. Y yo os veo ir por estos mundos de Dios, por estos mares de Dios, la cota de filósofo arrebujaada, buscando los pasos y vados que también los catalanes debemos tener en el gran río del pensamiento. Y los habeis hallado estos pasos, es decir, os han conducido allí misteriosamente acaso sin advertírselo: sois hijo de la tradición. Por esto os tienen por original. Los desheredados, los errantes, os

echan en cara lo que precisamente no es vuestro, sino ley estructural de nuestra simiente. La génesis del espíritu es misteriosa: también ella tiene lo que llamamos (y no por eufemismo) el misterio de la vida: la materia la ponemos nosotros á nuestro albedrío, pero ella tiene que amoldarse dentro de una categoría que es como el peso de cada pueblo. No todos sabrán verlo así en vos. Alguno habrá que buscará en vuestro ensayo un contenido, dogma ó negación. Se errará: vos haceis una crítica, una revisión de valores lógicos. Claro está que hay un dogma: el que necesitáis como sujeto de estas leyes que buscáis. Hay un dogma y un misterio y un altar y todo. Pero vos, al llegar allí al sentir el ardor de la zarza donde reposa el espíritu, os descalzáis respetuoso y sombrero en mano decís á todo el que pasa: Este lugar es terrible, el espíritu está aquí. Y este es el vuestro agnosticismo, agnosticismo sano, ley de sobriedad, de humildad, de ironía, que decís vos: ley de parsimonia que os hace ir con cuidado á no pisar nada, á no reiros de nada: que os hace encontrar pulpa de vida en lo que otros ven yermo: que os hace ver profundidad es lo que otros ven menguado, honrar la lengua porque es legado a *lutere* del pensamiento; amar la forma porque es la faz de la substancia de las cosas. Porque esto no entienden os llaman pragmático.

Los que en lugar de sentir, lagrimean, os maldecirán al leer este ensayo vuestro, y dirán que les deshaceis lo único que es firme é indiscutible: el sentimiento. Todo porque consecuente en vuestra lucha contra el romanticismo, dejando aparte las plañideras, os habeis dirigido formalmente á donde yace, muerto al pensar de muchos, el espíritu. Otros os llamarán naturalista, porque les parecerá que haceis venir la religión no de una divinidad simiente, sino del fondo mismo de la conciencia humana. Y es que no verán que no habláis aquí del contenido dogmático ni de la simiente, sino del tálamo nupcial donde se hace la conjunción amorosa y vital de estos dos mundos, ambos patria nuestra. Habláis del fuego central del espíritu, y os tomarán por panteísta, cuando es bien cierto que no quereis decir sino la fragua donde se hace la fusión de estos dos elementos: el natural y lo sobrenatural, de donde sale una nueva criatura.

Y este elemento natural—el alma naturalmente cristiana de Tertuliano—esta ley primitiva del espíritu, esta condición que, ¡oh misterio!, al revés de las demás condiciones infinita lo finito y eterniza lo temporal, esta raíz de naturaleza que se manifiesta universalmente y en todos los tiempos, y en todas las civilizaciones y nocivilizaciones, esto es para vos el alma penante, la doncella cautiva de los elementos del mundo, que diría San Pablo: penante y cautiva y no por esto esclava por dentro, sino libre, con franca voluntad y con franco albedrío que nadie le podrá quitar jamás.

Por esto os rebeláis contra la fatalidad del espíritu, y contra toda fatalidad, sino es la de la materia y encontrais con razón que en la actual investigación filosófica sobre el punto central del hombre, allí donde vislumbráis el manantial de la religión natural, tal como ella se presenta y aparece en el orden social, en el intelectual y en el moral, el análisis se ha detenido demasiado pronto contentándose con formular y canonizar como ley primitiva de sus fenómenos, una parcial manifestación de orden puramente sentimental, que algunos, con evidente superficialidad creen ya ser la expresión definitiva del hecho religioso, del hecho de las Iglesias, de los dogmas, de las ideas religiosas y hasta de ciertos principios éticos. De tal modo decís, se pretende resolver el problema de la relación entre la religión y la ciencia, mejor dicho, así se quiere que no haya tal problema porque, relegando la religión al orden sentimental, al conjunto de leyes primitivas no queda ya sino hacer de ella objeto y materia científica, como se hace con las demás leyes del mundo espiritual ó del mundo físico. Naturalmente, pues, que no habría problemas, porque á juzgar según estos principios la relación entre la religión y la ciencia, se identifica con la relación entre la ciencia y la materia científica, entre las cuales se puede llegar á una completa reductibilidad. Y vos, en nombre de la crítica rigurosa, os preguntáis: con que derecho se dá á los fenómenos del sentimiento el carácter de primitivos, cuando el mismo adjetivo de *sentimentales* ya supone que aquellos fenómenos son una concreción, una particularización paralela, aún más divergente de los hechos mentales ó de los hechos morales. Si los dogmas son un hecho del espíritu y por lo tanto un símbolo, también el sentimiento que es un hecho, será un símbolo. Entonces la serie no acabaría aquí, sino que detrás del hecho *dogmático* intelectual, y detrás al hecho sentimental, ha de haber una realidad irreductible, ni racional ni sentimental, solo determinable por exclusión. Y es esto lo que vais á hacer: determinar por exclusión esta realidad que es como el substratum del mundo fenoménico.

La ciencia no puede tomar como materia científica los sentimientos, los símbolos, sino que ha de tomar, de sondear la misma realidad religiosa, el mismo substratum del cual dogmas y sentimientos se dice que son símbolos. Este método, decís, no es sino la aplicación en un caso particular, de un criterio que consiste en examinar y reconstituir to-

da teoría, no tan solo con lo que hoy se llama «Pragmatismo, acción» sino con el hombre completo por medida, con el hombre integral, «*che labora é che giuoca.*»

Trabajo, juego, todo es uno. Uno y otro son el esfuerzo del hombre que se impone al mundo exterior, imponiéndole un orden y unas leyes que él mismo se ha forjado á su albedrío: es la lucha entre el concepto personal, subjetivo, del hombre, y el mundo exterior tal como es.

Esto es el arbitrarismo: «El hombre y el mundo en lucha persistente:» «el hombre y el mundo enemigos irreductibles.»

Con palabras vuestras: «La lucha de una Potencia interna contra una resistencia externa.»

La energía de nuestra voluntad contra la energía de la materia. Nada, pues, de Monismo: La *Energía*, la *Fuerza* en la concepción monista es mero fetichismo, mitología pura.

No hay más energía que en nuestra libertad. «Del mundo, el hombre hace lo que quiere.»

Y si no cede, si *resiste*, no nos es amigo. Es pues, la lucha del *esfuerzo* contra la *fuerza*.

Ambos hacen un mundo aparte uno de otro. No hay síntesis posible. El Monismo hace una monstruosidad queriendo hacer de ambos una sola mecánica. La noción de *esfuerzo* no puede entrar en la noción de *fuerza*. La mecánica tiene que ser *ó abiológica ó dualista* es decir: ó no ha de querer entender de los seres vivientes ó habrá de reconocer el «*dualismo*». — Todo esto es muy sano, y el espíritu reposa después de tanto tiempo de verse «*damnatum ad bestias*» confundido y mezclado como una más de ellas en el tumulto ensordecedor de máquinas fuerzas. Nos hemos quitado un peso de encima. Era el mundo al revés. La fatalidad de la materia ahogaba la soberanía del espíritu. Vos nos separáis, y cada uno en su casa y Dios en la de todos. Porque naturalmente que huyendo del Monismo no hemos de ir á parar al Maniqueísmo. El dualismo no es la lucha entre dos fuerzas ó entre dos esfuerzos: entre dos voluntades ó entre dos fatalidades. Sinó, entre un esfuerzo y una fuerza. Entre la libertad y el hado. Ahora, todo estriba en saber hacer el inventario de éstos dos reinos: en separar bien estos dos ejércitos en lucha, en que forme todo bajo su bandera respectiva. Permittedme decirlo como «*chi giuoca.*» Vuestra concepción lógica, tanto y más que una biológica, es una ascética: el *militia hominis* que recordais... la realidad, símbolo (figura que pasa) es el enigma del agnosticismo de San Pablo... Son las «*dos banderas*» ignacianas... si quereis será vuestro arbitrarismo una ascension nietzscheana, no me importa: nadie mas cerca que un enemigo personal: Nietzsche y Cristo.

Por qué no se puede formular así vuestro concepto arbitrista y dualista: «el hombre contra el mundo externo.» En el hombre no todo es interno: no todo es Yo. Hay el cuerpo, hay los sentimientos, hay el intelecto, hay los deseos.

Bien destilado, bien purificado, el hecho

de conciencia irreductible es el yo. Todo lo que puede ser adjetivo del yo no es el yo, sino contra el yo. Todo pertenece al otro bando: Yo pienso, yo deseo, yo sé.—*Mi brazo, mi cuerpo, mi deseo.* El substratum, lo substantivo, es el yo, es el *mio*..

Todo lo demás no nos pertenece sino por derecho de conquista. Son trofeos de las victorias que la Potencia ha ganado á la Resistencia, la libertad á la fatalidad, el Esfuerzo á la Fuerza, la Energía á la Inercia. Y al mundo de la resistencia, de la fatalidad, de la fuerza, de la inercia, pertenece todo lo que es materia Y es materia, no espíritu, todo lo que condiciona la libertad: leyes fatalidades; tendencias fatalidades; pasiones-fatalidades. En una palabra: el Principe de las tinieblas del yo. Por ventura no gira alrededor de este concepto buena parte de la Ascética? Por esto hemos dicho que tanto y más que biológico el concepto, vuestro método es un concepto ascético. Y *ascesis* quiere decir *ejercicio* (Fuera del yo, todo es «*vanidad de vanidades:*» atletismo cristiano.) Por esto decís: «El leñador bien quisiera estar dotado de una gran paciencia para derribar á hachazos, el arbol; pero tiene mal genio y una nonada le pone furioso... lo deja.» Esto es el espíritu pagano que tenía pereza de luchar con las pasiones y hacía con ellas paz vergonzosa.

Por esto todo él era fatalidad, él no era él; era del otro: Materia.

Y continuáis vuestros ejercicios espirituales para la liberación de vuestro yo, y haciendo camino por la vía purgativa, sondeais el cielo mental: la memoria, la imaginación, el poder de asociación de ideas, de análisis, de síntesis.—Todo, todo: *vanidad de vanidades*. Todo es del otro bando, del enemigo. Todo es hostil al deseo, á la ambición infinita del sujeto. «Il suo desiderio non saprebbe essere soddisfatto-che con una intelligenza infinita». Todavía ¡él no es él, él no es esto, exclamais con acento de asceta. Y tanto es la Ascética la que informa é invade vuestra concepción, que hasta le pedís prestada la técnica: «*Tutti coloro che per una ragione o per altre hanno esercitato una piu o meno vasta CURA ANIMARUM.*»

Sí, todos los que han ejercido cura de almas han tenido que oír: Quisiera ser enérgico; quisiera poder... pero no ¡puedo, soy un pobre hombre. Yo quiero querer, ¿pero, cómo?—¿Dónde está pues el sujeto del esfuerzo? ¿Dónde está la libertad? ¿Dónde la «Potencia», que ha de luchar contra la fatalidad?

No los fenómenos intelectuales: no los volitivos. ¿Serán los sentimientos, pues? Así ha respondido una filosofía. Concretándonos al orden religioso: ¿son los sentimientos la Potencia religiosa? ¿Es que la religión no es más que una serie de estados de espíritu: de unidad ó de rotura interior? Es decir, se reduce, se puede reducir la religión á estados de tristeza ó de gozo, de esperanza ó desesperación; de tendencias á la soledad ó á la expansión social: de éxtasis ó de visiones? ¿Es esto, está en esto el sujeto del esfuerzo? No es esto tampoco. Pues *son estados no son*. El *estar* viene detrás del *ser*. Entrad también en el campo de la Resistencia. No es esto la quietud del espíritu, (— el corazón está inquieto, decía San Agustín, hasta que descanse en Vos—). Los hechos de sentimiento no apaciguan el corazón no llenan. Es que el deseo del hombre va *más allá*. No somos todavía, no son ellos el fuego central del espíritu: serán los estratos más cercanos. Pero

CAMISERIA, CORBATERIA y NOVETATS
Géneros de Punt - Especialitat en Camises á mida
Plassa de Sant Jaume, 5 y Bisbe, 2 - BARCELONA

ALOY

al fuego central la filosofía no se puede acercar: ha de quedar afuera. Se podrá sentir el ardor, y basta. El fondo irreductible sólo puede definirse por exclusión, por vía negativa, por la negación de toda condición, por la idea negativa de la Libertad. Y habéis redondeado la fórmula: **LO IRREDUCTIBLE EN EL ESPÍRITU ES SU LIBERTAD: LA LIBERTAD.**

Los sentimientos son leyes que condicionan el espíritu y forman parte de aquel mundo hostil á la libertad. Que los sentimientos son leyes, condiciones, es un hecho de experiencia interna.

Pero esta experiencia de la derivabilidad de los sentimientos es negativa, es decir, es la experiencia íntima de que ellos no llenan nuestro espíritu: nada condicionado (nada finito) es capaz de agotar la vida espiritual. Nada condicionado es capaz de satisfacer los anhelos, los deseos, el «querer», la libertad. Pero ya habéis dicho antes que la ciencia, la filosofía, no han podido llegar hasta el fuego central mismo de la libertad. No es por lo tanto materia de ciencia, de conocimiento: *es materia de fé.*

¿Os llamaremos agnóstico? La libertad, decís, es un *imperativo de fe: La libertad, pues, es Religión.* El hecho de la religión se identifica con el hecho de la libertad interna é irreductible. Definiciones finales: «*La ciencia es una representación descriptiva de la Fatalidad. La religión es el hecho de la incognoscible Libertad.*» La realidad de la Religión, abstracción hecha de todo concepto material y especial, antropológico y cosmológico (todo lo cual forma parte del mundo de la fatalidad—lo de los elementos del mundo—y el hecho religioso es allá, más allá de toda fatalidad), la realidad de la religión, decís, es la libertad interior: aquí tiene la religión su Fuerte.

Peronadie crea que vos, mediterráneo y equilibrado queráis vivir aquí recluso. Después de libertaros del monismo, os libertáis y huís del iluminismo protestante antillano.

Los dogmas, los preceptos morales, la Liturgia, el derecho canónico en sus evoluciones, todo es externo al castillo de la libertad interior, pero, de todo, **EGLI SI SERVE NELLA SUA PIENEZZA FUNZIONALE.** Ciertamente, amigo, y dejadme hacer una concesión á las almas pías, de vos tan amadas, de que os dignáis recordaros en la conclusión final de vuestro filosofar.

Ciertamente: el mismo Hijo de Dios descendía,—era, pues, exterior (ya recuerdo que no podéis sufrir el «Cristo interior» de los modernistas)—á este castillo de nuestro ser. Descendió y desde entonces no se ha movido, sirviendo El en todo tiempo al hombre, sirviéndose el hombre de El *nella sua pienezza funzionale*: plenitud que todos gozamos de El, y á la que El nos restituyó. El nos trajo la verdad que nos liberta (*venitas liberavit vos*) y dulce y amorosamente, El es quien mantiene inflamado este deseo de libertad, de liberación definitiva que ahora, por *imperativos de fe*, después por *visión*, alcanzaremos un día. En este sentido, es verdad que todo es simbolos—los mismos dogmas y misterios, porque no son sino verdades veladas, una álgebra espiritual, una simbólica de un mundo hacia el cual caminamos, verdades parciales, limitadas—en bien de nuestra condición de viadores—partículas de una mesa abundante de refección cumplida. Y nuestro *agnello* se alimenta por ahora de estas partículas que las almas pías recogen y les hacen boca de igníto.

Natural es que nadie, si no queremos, nos quitará este *agnello*. pero á condición de que:

SOCIALMENTE haya, como decís: «*un imperativo di carità religiosa nelle relazioni umane, molto più largo della tolleranza degli intellettuali; più largo dell' amori dei sentimentali.*»

INDIVIDUALMENTE: «*Una via aperta no verso la pace, che sarebbe la morte, ma verso la guerra, verso la buona guerra che... non è quella soltanto che è difensiva, conservatrice é che puo aspirare, tutto al più, soltanto á una conservazione del volere, ma l'offensiva, l'agresiva dove vi é sempe qualche cosa da guadagnare...*»

Y he aquí la impresión que he sacado de vuestro ensayo «*Religio est libertas.*»

Y ahora hacedme la merced de perdonar si en este extracto fidelidad no ha guardado el que por amor á vuestro agnosticismo sólo se hace conoedero, sin ser preciso el nombre, por el ardor de la amistad.

X.

Barcelona, 8 de Diciembre de 1911.

(Trad. de «*La Veu de Catalunya*» por L. C.)

El mejor **Café** es el torrefacto de **La Estrella** - Carmen, 1, (frente Belén).

ANTOLOGIA

La voluptuosidad de pensar

I

La producción intelectual moderna, sobre todo, la de los países germánicos, se resiente generalmente de un defecto visible á la primera mirada: la falta en el autor de una calmosa voluptuosidad de pensar.

Tengo en Wurzburg un buen amigo (ahora vive en Italia) que es sin duda uno de los primeros espíritus de la Alemania actual. ¿Sabéis como lee los libros nuevos, este amigo? Los toma y primero los hojea vertiginosamente, de portada á colofón; enseguida repite la misma operación, de colofón á portada. Y ya está... Mi amigo tiene veinte y nueve años y ha compuesto ya con análogos procedimientos diez volúmenes de materia erudita.

Un día le decía yo:—¿Y no os concedís nunca el placer de volver á leer, una, dos veces, un libro leído antes, mucho antes, un Molière por ejemplo?—El me respondía:—Ay de mí! No tengo tiempo! No puedo leer nunca, á menos de obligación, de especial estudio ó de cita. Y vos?—Yo, mas prefiero, generalmente un libro viejo que un libro nuevo. — Y hé aquí que exclamaba: Bienaventurados latinos!

Al cabo de un espacio preguntaba: Y nuestro amigo B... que conocimos en Heidelberg? ¿Cuántos libros de filosofía ha hecho?—Se le respondía: Uno.—El volvía á exclamar:—Bienaventurados latinos!

Otro día preguntaba: Habéis asistido este año, en vuestro París, á los cursos de Bergson?—Bergson no ha hecho cursos este año (era el anterior). Ha pedido licencia y se está en casa, y me dijo que trabajaba meditando completar su filosofía con las partes ética y estética que le faltan hoy...—El exclamaba otra vez:—Bienaventurados latinos!

Nos envidiaba, la pobre alma prisionera de los trabajos forzados de la erudición, esta nuestra libre voluptuosidad del pensar, que solo puede conseguirse cuando se mezcla á una gran actividad de espíritu, una exquisita partícula de divino ocio.

II

Se me ocurre seguir la conversación sobre la voluptuosidad de pensar.

«Pensar—decía uno de los Enciclopedistas (no recuerdo cual, ahora)—es detenerse de hablar y de accionar.»

Definición admirable. Su primer acierto es su forma negativa. ¿Cómo definir mejor

que por exclusión, esta actividad que es el pensamiento, tan próxima á la interior indefinible Libertad, que he llamado alguna vez «el fuego central del espíritu?»

Alabemos también aquella definición por dar un esquema que se realiza, tanto en términos de fisiología pura, como en términos de alta espiritualidad. Para un materialista puro pensar es, exactamente, inhibir un reflejo, es decir, detenerse de pensar y de accionar. Para un esquivo espiritualista, pensar es inventar; en otros términos sustraer la energía de espíritu al condicionamiento de las cosas dadas; en otros términos, detenerse de hablar y de accionar.

Pero quien, encontrando admirable aquella definición tiene el derecho ó no hallarla completa, es el que filosofa según el *Seny*, y que por lo tanto no es materialista ni demasiado esquivo en su espiritualismo. El que filosofa según el *Seny*, cree sin duda, que pensar es detenerse de hablar y de accionar, pero cree también que en el pensamiento entran rastros y efectos de la palabra y de la acción.

Aquel que filosofa según el *Seny* no acepta que el derviche, al cabo de un día de inmovilidad, piense. Tampoco acepta un pensamiento *alalo*, un pensamiento no ligado al lenguaje, mas diré, no ligado á un lenguaje; porqué un pensamiento interlingual es en vigor una cosa tan imposible como un pensamiento *alalo*.

De estos elementos sensuales, acción y lenguaje, viene la voluptuosidad del pensamiento. La voluptuosidad del pensamiento exige, como ayer decíamos, un cierto ocio, pero no toleraría un largo reposo. Es con la alternativa del trabajo y del juego, con el ocio, ó mejor dicho, con la recíproca penetración de estos estados, como los pensamientos puedan llegar á ser tan amables como las canciones... «Mas valen canciones que razones» dice el adagio Dichosa, empero, la humanidad el día en que entre (yo espero que ha de entrar) en tal situación, de espíritu, que las canciones sean todas razonables y todas las razones, cancioneras!

(Glosari, 1911)

Definición del filósofo

¿Vivir primero, después filosofar?

Lo niego. En esto no conozco antes ni después.

Filósofo llamo á Publio, porque VIVE en conciencia de la eternidad del momento...

(XII Glosas de Filosofía.—Glosari 1911, rep. Almanacco Coenobium. Lugano 1910)